

EL "STAND" QUE FALTA EN LA FERIA

HUBIERA sido interesante incluir en la Feria del Libro un "stand" antilibrería. Todo forma parte de la misma cultura contemporánea. Una caseta donde se muestran algunos pedruscos, pequeñas bombas, pintura roja, distintos modelos de pasquines de amenaza, un patrón para dibujar bien, cruces gamadas, botes de gasolina y algún que otro antifaz, aunque los antilibreros realmente no los necesitan. Podría haber en el mismo "stand" algunas muestras de papel de oficio prohibiendo homenajes a poetas y literatos de todas clases, muertos y vivos, impidiendo presentaciones de libros y otros actos culturales, y ordenando secuestros de libros y revistas: son fieles compañeros del adoquín y emanan de un mismo pensamiento y de un mismo sector. El que considera al libro como peligroso.

Esta caseta hubiese tenido un gran éxito. Representaría algo muy real. Forma parte de la cultura nacional: libro y antilibro forman una razón dialéctica muy interesante y están unidos a lo largo de la Historia. Esta caseta hubiera podido animarse con la instalación de un cepo o de una picota, o simplemente una jaula con un escritor aprisionado dentro. Los días de gran gala, este escritor podría haber sido conducido a una pira y quemado en compañía de sus libros. Anunciado en los periódicos, este espectáculo hubiera atraído a muchos padres con sus hijos; más aún que los anuncios de firmas de ejemplares.

Todavía no está descartado que durante esta Feria haya alguna pirotecnia. Ellos no deberían desaprovechar esta ocasión. Culminaría este homenaje al libro la serie de homenajes aislados que se vienen realizando desde hace años con un éxito considerable, ya que jamás ha podido identificarse a ninguno de sus autores.

No creo que nada enaltezca al libro tanto como su persecución. Como, en general, pasa con todo el mundo. El problema esencial de los perseguidos es el de sobrevivir. Si lo consiguen, el mundo es suyo. O de sus herederos espirituales. El libro actual es el descendiente esclarecido de aquellos que ya fueron quemados tantas veces y en tantas épocas. En Toledo, en Ginebra o en Berlín. O en Pekín. En distintas épocas que siempre, finalmente, son la misma época. Hay más sincronía en la vida del hombre y de la cultura de la que parece.

Personalmente, no creo que la letra impresa haya influido nunca en el desarrollo de una idea política o religiosa. O en la marcha de los acontecimientos históricos. La religión que conocemos en Europa sobrevive a pesar de la Biblia, a pesar de San Agustín o Santo Tomás, a pesar de los padres de la Iglesia. Y de los padrecitos de nuestros días. Ya he hablado en alguna ocasión de los curas de la televisión, y recuerdo la conversión de Chesterton. Siendo protestante, o quizá agnóstico —no lo sé muy bien—, entró un día por casualidad en una iglesia católica y escuchó un sermón. Era horrible. Y Chesterton pensó: "Si el catolicismo ha sobrevivido durante dos mil años teniendo unos predicadores tan brutos como éste, es que tiene que ser una religión verdadera".

No, los movimientos de la Historia no se han hecho por la palabra hablada o escrita. Gutenberg es inocente. Hasta ahora, los movimientos de la Historia se han hecho por la vía de la fuerza, por la vía que representa el adoquín y la botella de gasolina. O la porra. Por eso creo que su influencia en la cultura española actual es importante, y pido para la próxima Feria del Libro un "stand" representativo. ■

POZUELO

mocracia unos siglos atrás, a sus orígenes. Es una Cámara aristocrática. Si no de la sangre, sí de las nuevas clases surgidas en la etapa anterior del régimen, de las que se han trasladado a esta etapa y de las que puedan surgir en ella, elevadas desde el poder y a su amparo. El enfrentamiento con una Cámara popular, si ésta llega a serlo —para lo cual habrá que saber las condiciones que han de reunir los elegibles, esclarecer la misteriosa frase de "representantes de la familia", determinar la mayoría de edad de los votantes, conocer la Ley Electoral y el reparto de circunscripciones, saber hasta qué punto la televisión es permeable a los partidos políticos, saber cuáles de éstos se consideran legales, y un largo y decisivo etcétera—, puede ser efectivamente grave. Ya ambas Cámaras pueden estar dominadas por la intangibilidad del Gobierno, su longevidad independiente de los períodos legislativos, la decisión personal del Jefe del Estado y el poder del Consejo del Reino.

La distancia con cualquier forma de democracia de las que se practican en Europa Occidental es, como se va viendo, abismal. Es una recuperación de la democracia orgánica mediante una reforma administrativa, más que política, más que de profundidad del régimen.

En cuanto a la tendencia a la "democratización" con que tratan de enmendarse estos proyectos de Ley en el Consejo Nacional e incluso en las Cortes, tiene algunas explicaciones. La más visible, sobre todo en el examen que el Consejo Nacional hace del proyecto, es el temor de que esta democracia orgánica que se prepara sustituya parte de las actuales clases dominantes por otras. Los consejeros ven difuminarse el concepto de "movimiento" y toda la oligarquía del Movimiento que ha dominado en la etapa anterior. Al optar por una mayor democratización del proyecto de Ley no sólo ponen al Gobierno en la situación de no aceptar un dictamen "democratizante" y definirse como autocráticos y crear una división más en el seno del Gobierno, sino que están queriendo abrir cauces para ellos mismos. La capitalización de votos que creen tener por los cuarenta años de encuadramiento y afiliación semejantes al sistema de partido único podría darles —suponen— un considerable número de votos para el Senado y para las Cortes. De la misma manera, las reformas introducidas por las ponencias de las Cortes y propuestas por los enmendantes van dirigidas a su supervivencia. Al suprimir la ilegalidad de partidos "totalitarios" intentan que los grupos que pretenden el totalitarismo de derechas no sean barridos; al añadir a la mención de subversión la condición de "violencia" como condición para la prohibición, pretenden no ser considerados subversivos en el futuro.

El juego se sigue definiendo como un enfrentamiento entre dos grupos de la gran derecha por la hegemonía y como dos vías de esa gran derecha para la supervivencia de sus intereses.

Seguiría siendo condición para la "reforma" real la convocatoria de elecciones generales y la creación de unas Cortes Constituyentes, previo un período de libertades políticas y de propaganda. ■